



En Memoria de Eva Schlosser (Q.E.P.D.)

Plancha No. 00169



Benedicto de Nursia

EL MONASTICISMO

Por el M.: R.: H.: José Schlosser

DE SU LIBRO "LA PIEDRA FRANCA"

Antonio (luego San Antón) (250-336) fue quien quizá se convirtió en el primer anacoreta cristiano cuando se retiró al desierto de la Tebaida egipcia. Pacomio (290-346) siguió sus pasos pero acompañado, iniciando la tradición de la vida conventual. Su Regla fue conocida gracias a la traducción al latín

que hizo Jerónimo (347-420), secretario de Papa Dámaso. Jerónimo, un verdadero erudito de profundo sentido religioso, fue el autor de la “Vulgata Latina” (traducción de la Biblia que la popularizó y sirvió de base para futuras ediciones). Criticó duramente las desviaciones cristianas por lo que tuvo que abandonar finalmente Roma en el año 385. Llegó a Palestina y en Belén fundó un monasterio (un convento masculino, otro femenino y un albergue) que puede considerarse como la semilla del monasticismo de occidente, en una etapa adelantada del original eremitismo solitario acostumbrado en el cristianismo oriental.

Benito (Benedicto) de Nursia (Lombardía) nació en el 480 dentro de una familia acomodada que lo envió a estudiar a Roma. La licenciosa vida en la capital lo llevó a convertirse en anacoreta. Su fama de hombre santo ganó la admiración tanto de patricios y senadores romanos como de señores feudales que queriendo salvar a sus hijos de la desenfrenada inmoralidad los instaron a que se unieran a Benito. Fundó así doce monasterios, cada uno de ellos con doce monjes, retirándose luego al de Montecasino. Los integrantes de su Orden Benedictina se distinguieron por su humildad, silencio y obediencia al abad.

Los monasterios benedictinos se fueron multiplicando por toda la Europa medieval, constituyendo una importante influencia civilizadora. Su vida fue un beneficioso ejemplo para las comunidades en las que se instalaban.

Muchas horas eran dedicadas por supuesto a la oración y la liturgia y otras al estudio: los monasterios fueron un lugar seguro para guardar de los ataques de los invasores valiosos manuscritos de obras clásicas, Biblias y textos eclesiásticos. Ellas fueron la base para la posterior creación de ricas y cuidadas bibliotecas, donde también se producirían copias para su difusión.

Cinco de sus horas las dedicaban al trabajo manual: labraban por sí mismos los terrenos de la abadía ya que inicialmente estaban aislados y dependían solamente de lo que cultivaban para alimentarse. Las invasiones habían paralizado toda actividad agrícola y su actividad personal primero y su dirección del trabajo de los pobladores después, contribuyeron a una incipiente prosperidad en la agricultura, la ganadería y el comercio de sus productos. También cumplían por sí mismos con las tareas domésticas.

Anexaron a sus monasterios escuelas “abaciales” en las que los niños pueblerinos pudieron adquirir fundamentos de instrucción.

Directa o indirectamente los monjes comenzaron a intervenir en la política y la justicia locales, imponiendo el orden, creando instituciones y por supuesto, afirmando el poder de la Iglesia.

La característica más importante a los efectos de nuestro estudio histórico es dedicación de los monjes a aprender y practicar distintos oficios, especialmente aquellos relacionados con la construcción, tales como la albañilería y la carpintería. Se ha elaborado la teoría de que para salvar sus vidas y sus conocimientos, se habían unido a la población abacial muchos artesanos que contribuyeron al perfeccionamiento de esos trabajos. La dedicación hizo que poco a poco se fueran formando verdaderos expertos en arquitectura que transmitirían sus conocimientos a trabajadores legos de la zona que junto con los monjes serían los responsables de la evolución que sufrirían los procedimientos constructivos Y seguramente gracias el apoyo brindado inicialmente por Carlomagno, Rey de los Francos y Emperador de Occidente desde el 776 hasta el 814, la zona comprendida entre los ríos Rin y Loira y el mar, en especial, y en general todo el norte y oeste de Europa fueron colmadas de monasterios entre los que predominaban los benedictinos. Se destaca la importancia de cuatro de ellos: en primer término la abadía e iglesia de San Denis, cuya construcción original fue terminada en el año 775 y a la cual nos referiremos en un capítulo posterior; en segundo término la abadía burgundia de Cluny fundada en el año 910 en las alturas que separan los valles de los ríos Loira y Saona cerca de Lyon en terrenos cedidos por Carlos III de Borgoña, y que se considera el ejemplo sobre el que se basarían los núcleos abaciales de esta orden federativa en el futuro. En tercer término la abadía fundada en 1098 por Roberto de Molesme en Cîteaux, una localidad ubicada en la Cote d'Or de Borgoña cerca de Dijon. Finalmente la abadía de Clairvaux, fundada por Bernardo, a quien se consideró el líder religioso europeo durante treinta años y cuya relación indirecta con los constructores de catedrales será estudiada en el capítulo 24. En él desarrollaremos los argumentos que permiten afirmar que en estos monasterios se gestarían y desarrollarían los estilos románico y gótico de la arquitectura.